



El Josefino[®]

Nº 45 Septiembre 2022
DISTRIBUCIÓN GRATUITA

“EL
CALVARIO”

Pág. 6

LA
PEQUEÑEZ
DE SAN JOSÉ

Pág. 10

*“Tu plantel es un vergel de cipreses
y de nardos”.*

(Cant. 4,13)

SUMARIO

... Al lector...

	Pág.
AL LECTOR	3
“CAMINANDO A OSCURAS”	4
“EL CALVARIO”	6
LA PEQUEÑEZ DE SAN JOSÉ	10
SAN CLAUDIO DE LA COLOMBIERE Y SAN JOSÉ	12
“CRISTO, DESCENDIENTE DE LA CASA DE DAVID POR SAN JOSÉ”	14

Estimados Josefinos:

Si hay algo que es peculiar en San José es su silencio. De él no se conserva nada, ni en las Escrituras, y casi nada en la Tradición.

Algunos lo llaman hombre sin mensaje, lo cual no es cierto porque el silencio es el padre de la palabra...

Hay silencios que valen más que mil palabras. Así Cristo el Manso Corde-ro Pascual caminando como oveja muda al matadero, tampoco dijo nada... Pero su silencio era la elocuencia suprema, la evidencia más profunda de que para hacer la Voluntad del Padre en esos momentos no hacía falta hablar... Simplemente someterse. El sometimiento fue su palabra...

San José supo callar a su tiempo. Habló cuando tuvo que hablar y calló

cuando tuvo que callar ¿para qué más? Admirador profundo de Jesús y María, supo guardar el secreto de Rey porque “*Dios Padre ve en lo secreto...*” (Mt. 6,4).

En Israel se exaltaba y valoraba el silencio. San José también había leído estos textos: “*El que mucho habla, mucho yerra; quien modera sus labios es sabio*” (Pr.10,19).

“*El hombre prudente disimula su saber; la mente insensata pregona su necedad*” (Pr.12.23).

“*Quien controla su boca protege su vida; quien abre sus labios se busca su ruina*” (Pr.13,3).

San José, todo lo que descubrió lo descubrió: en el silencio.

La Redacción.



Oración

A SAN JOSÉ

“Caminando a oscuras”

¡Oh San José,
que confiaste en Dios,
y para ello desconfiaste
de ti mismo
y pusiste
tu confianza en Él.

Fuiste cumplidor solícito
de todo lo que sabías
por revelación del Ángel.
Por la fe conocías que
no es posible que Dios
te ordenara cosas difíciles
sin darte los medios
para realizarlas.

No perdiste la calma
cuando en Belén
te encontraste sin posada
para albergar a María.
Y acabaste por hallar
la humilde solución
del pesebre.

Cuando el Ángel te manda
en medio de la noche
y la improvisación,
te levantas y huyes
sin demora a Egipto.
Y cuando, según nos dice
el Evangelio, Jesús

se quedó en el templo
“sin saberlo sus padres”
todo lo que haces es
buscarlo con diligencia
hasta encontrarlo
y ni siquiera pronuncias
una queja: Tiene que ser María
la que en nombre de los dos
muestra a su Hijo
el “disgusto” que les ha dado.

La esperanza brilló
constantemente en ti,
sobre todo en tu
confianza en Dios.

Concédenos, te rogamos,
que practicando tus virtudes
en nuestra vida
podamos servir a otros
de estímulo para
conformar sus vidas
con la Ley de Dios.
Y, por fin, después de este
destierro vayamos al Cielo
para amarlo por toda
la eternidad.

Amén

(Josefina Carbó Armengol)





Meditación JOSEFINA

“El calvario”

San José no estuvo al pie de la cruz; al menos no de forma visible.

Sin embargo, quién puede dudar que en ese momento de extremo dolor en el Corazón del Hijo y en el Corazón de la Madre no estaría presente la figura del ser amado ausente, de San José... Y ¿quién puede dudar que en ese momento de extremo dolor, desde la eternidad, no velaría el santo patriarca por aquellos Tesoros y Amores por quienes dio su vida: Jesús y María?

San José debió partir antes de la vida pública de Jesús, así era la Voluntad del Eterno Padre. Pero ¡cuántas veces Jesús lo haría partícipe de sus futuros dolores y de su Obra Redentora!

Quizás, trabajando la madera, el Hijo de Dios hecho Niño en Nazaret haría partícipe a su padre virginal, San José, de los misterios del madero de la cruz. De los ojos del santo patriarca brotarían lágrimas de dolor, de gratitud, de amor... y en medio de la

jornada tomaría las manos de su amado Hijo y de su amado Dios y besaría los lugares donde descansarían sus llagas.

Y al caer la tarde se acercaría suavemente a la camita del Redentor y besaría esos pies que se cansarían por amor y por hacer el bien y que serían traspasados por su salvación y la de todos los hombres...

Y en la cruz, Jesús agonizante, recordaría a su padre virginal: sus besos reparadores, sus lágrimas consoladoras... y serían fortaleza y aliento en las horas de dolor.

Y, al pie de la cruz, la Madre Dolorosa recordaría el casto amor de su esposo ya ausente, y recordaría aquellas veladas en la casa de Nazaret en que el Hijo les revelaba los Misterios de la Redención a Ella y a San José.

Y los Corazones de los Virginales Esposos se unirían en un amor más intenso y más puro, más sobrenatural, que se hacía amor reparador, expiador, consolador al Hijo, a su Dios...

San José hubiera querido estar en el Calvario, pero su ausencia fue una presencia.

Nunca San José hubiera apartado a Jesús de la cruz. Con Él hubiera querido morir; y sin duda hubiera llegado donde la cobardía primera de los ardientes Apóstoles no los dejó llegar, hasta el mismo patíbulo junto a su Hijo y a su Redentor.

Y, si no se le dio el consuelo de dar la vida junto a Jesús, hubiera sido más audaz y más amante que la misma Verónica para seguirlo en el Vía Crucis, limpiando sus llagas y confortando sus doloridos miembros... Con la Madre Dolorosa se hubiera postrado a recoger cada gota de la Sangre del Mesías...

¡Que ninguna se perdiera! ¡Que ninguna fuera profanada por las pisadas indiferentes y malignas de los hombres!

Con la Madre Dolorosa permanecería junto a la cruz amando, adorando, inmolándose con el Hijo a él confiado. Pero... San José ya no estaba allí. Sin embargo, su corazón estaba en cada paso camino al Calvario, lleno de conformidad con la Voluntad de Dios, teniendo latidos de perdón para los verdugos; de amor y compa-

sión por aquellos por quienes Jesús expiaría dando su vida preciosa.

Allí estaba él como estuvo en Belén: silencioso y protector amparo para el Hijo y la Madre.

Allí estaba él como estuvo en la huida a Egipto: inmolando su corazón junto al de Jesús y al de María.

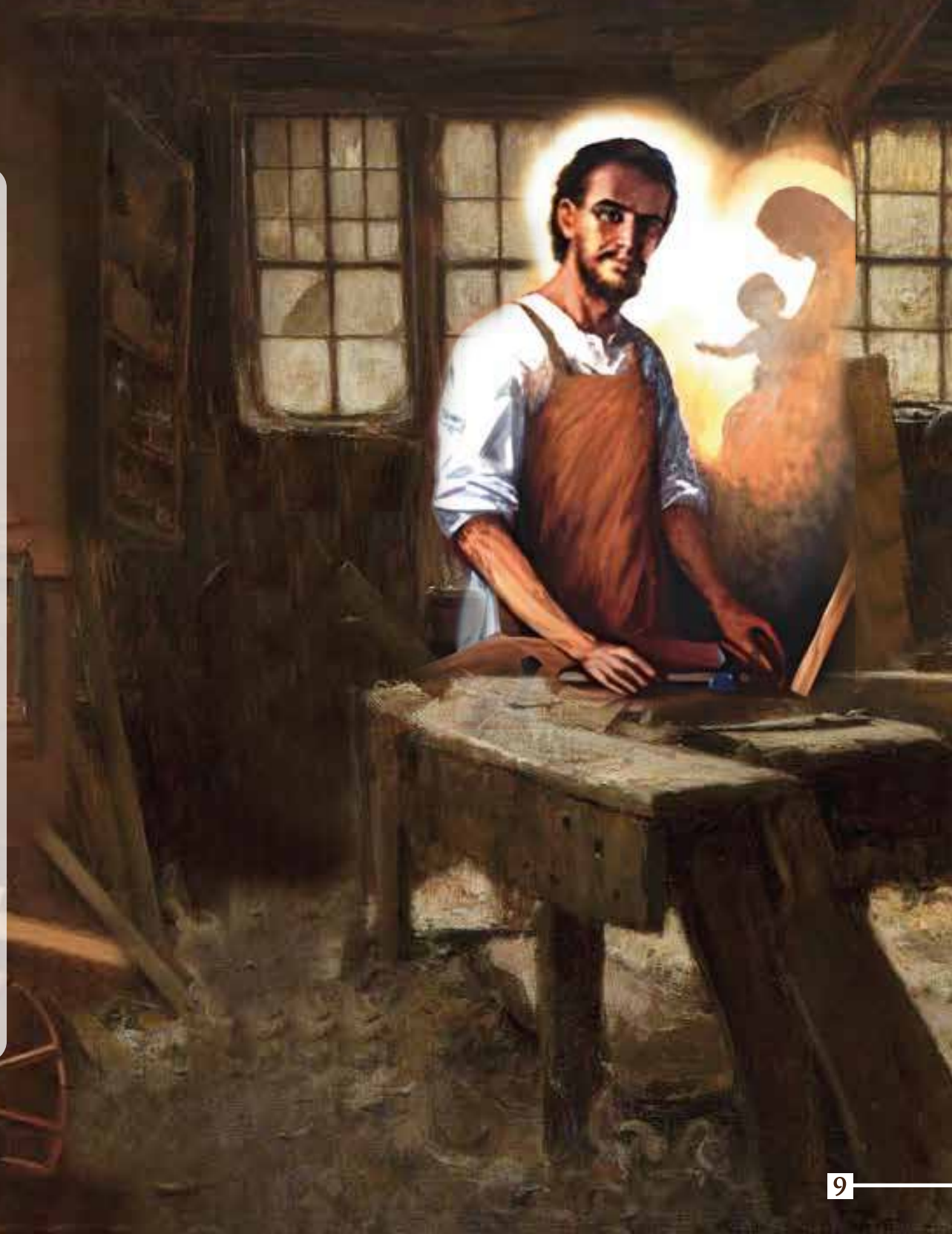
Allí estaba él como estuvo en el templo el día de la Presentación: ofreciendo al Niño y sosteniendo a la Madre traspasada ya por la espada de dolor.

Allí estaba él como estuvo cada día en Nazaret: contemplando la humildad de su Señor, de su Santa Madre, asistiéndolo con coraje, con valentía.

Allí estaba él y, aunque su imagen no figura en el Calvario, se sentía su presencia.

Y así, en cada Calvario de los hijos de Dios, confiados a su cuidado y protección, está San José: Silencioso, protector, ayudándonos... acompañándonos en el dolor y dándonos fuerzas...

¡en nuestro calvario!



La pequeñez de San José



¿Qué más humilde, más simple, más tranquilo, más oculto podría ofrecer el Evangelio para ser puesto al lado de María y Jesús? La figura de José se resume precisamente en las características de la modestia, las más populares, las más comunes, la mayor parte, se podría decir si usamos el criterio de los valores humanos, insignificantes, ya que no encontramos en él algún aspecto que nos pueda dar cuenta de su magnitud y la extraordinaria misión que la Providencia le ha confiado, y que forma con razón el tema de tantas consideraciones, de hecho, en muchos panegíricos en honor a San José.

Mirando en el espejo de la historia del Evangelio, José se nos presenta con los rasgos más sobresalientes de la humildad extrema, modesta y pobre, oscura, pequeña, primitiva que no tiene nada de extraño, que no deja en el mismo Evangelio ningún acento de su voz, ni una palabra de lo que recordaba. Se habla solamente de su comportamiento, su conducta, lo que ha hecho; y todo en una postura tranquila de obediencia perfecta”.

(San Pablo VI en la Solemnidad de San José. Viernes, 19 de marzo 1965).





*San Claudio de La Colombiere
Y San José*



ació cerca de Lyon, Francia, en 1641. De familia muy piadosa y acomodada. Entró en la Compañía de Jesús siendo con el tiempo un gran predicador.

Cuando San Claudio cumplió los 33 años se propuso, después de hacer un mes de Ejercicios Espirituales, morir al mundo y a sus vanidades y dedicarse totalmente a la oración, a la vida interior, a la predicación y a la enseñanza del catecismo, y a dirigir cuantas más almas pudiera por el camino de la santificación.

En 1675 el Padre Claudio fue nombrado superior del colegio de los jesuitas en Paray le Monial, Francia, la ciudad donde vivía Santa Margarita María de Alacoque. No solo dirigió espiritualmente a la santa que el Sagrado Corazón escogió para hacerle sus revelaciones, sino que dedicó toda su vida restante y sus muchas energías en propagar por todas partes la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Fue enviado el santo sacerdote a Inglaterra y allí, como predicador de los altos empleados del gobierno, logró muchas conversiones de protestantes hacia el catolicismo. Pero éstos, que eran muy poderosos en aquel país, le inventaron toda clase de calumnias y fue expulsado de Inglaterra a Paray le

Monial, la ciudad desde donde se propagó a todo el mundo la devoción al Corazón de Jesús.

Santa Margarita le anunció que él moriría en aquella ciudad. Y así sucedió el 15 de febrero del año 1682. Santa Margarita recibió una revelación en la cual se le decía que el Padre Claudio estaba ya en el cielo.

El Papa San Juan Pablo II lo declaró santo en 1992.

Sobre la devoción del santo a San José, tiene el siguiente panegírico:

“Aunque no hubiera otra razón para alabar a San José habría que hacerlo, me parece, por el solo deseo de agradar a María.

No se puede dudar que Ella tiene gran parte en los honores que se rinden a San José y que con ello se encuentra honrada. Además de reconocerle por su verdadero esposo, y de haber tenido para él todos los sentimientos que una mujer honesta tiene para aquel con quien Dios la ha ligado tan estrechamente, el uso que él hizo de su autoridad sobre Ella y el respeto que tuvo con su pureza virginal le inspiró una gratuidad igual al amor que Ella tenía por esta virtud y, consiguientemente, un gran celo por la gloria de San José”.

Con razón
ERES AMADO



(Cant. 1,4)

Josefología

“Cristo, descendiente de la casa de David por San José”



En la Escritura nunca se dice explícitamente que la Virgen fuese oriunda de la casa de David, mientras que de San José, por el contrario, se afirma expresamente que era de la casa davídica (Lc. 2,4). Se puede afirmar de esta manera que, según la disposición de Dios, el Hijo Eterno del Padre había de ser no solamente hombre, sino también Hijo de David. Es así que esto lo debió Jesús no tanto a la Virgen como a San José que lo colocaba moral y jurídicamente en el linaje de David.

Luego, el concurso de San José fue necesario para que, conforme a las

promesas de Dios, el Verbo Encarnado fuese Hijo de David.

Lo cual es aún más evidente si al Hijo de David lo consideramos en cuanto heredero del reino davídico, es decir, en cuanto Mesías o Cristo. Porque entre los hebreos, los derechos dinásticos no se transmitían por las mujeres sino por los varones. Luego, Jesús, recibió el derecho a la herencia de David por San José, no por María... Y esta denominación de *Rey* o *Cristo*, en la presente providencia de Dios, es un elemento necesario al Hijo de Dios Encarnado, y recae en la misma Persona del Hijo de Dios. Luego la paternidad jurídica de San José, de la que se origina la dignidad regia de Cristo, pertenece totalmente a la economía de la Unión Hipostática”.



**“San José: los santos
pequeños son los santos
grandes”**

(S.S. Benedicto XVI)



Ejército Blanco

Síguenos en:



www.reinadodemaria.org

NSEradio
www.nseradio.com
www.nsetv.com



nsetvradio



@nseradio
@nsetv



nseradio
nsetv

Si lo deseas, puedes contribuir con un donativo a la difusión de El Josefino.

E-mail: revistaeljosefino@gmail.com

Colección completa en:

<https://reinadodemaria.org/categoria/el-josefino/>